

ENRIQUE ORTEGA GIRONÉS

2064

UN MUNDO
NO TAN FELIZ

Platero
COOLBOOKS 

Título: 2064, un mundo no tan feliz

Primera edición: septiembre, 2025

© 2025, del texto Enrique Ortega Gironés.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1915-2025

ISBN: 979-13-87720-33-9

*Dedicado a todas las personas
(aunque a algunas de ellas no tenga el placer
de conocerlas personalmente) que,
durante los últimos años, me han animado a
escribir sobre el cambio climático.*

*Una dictadura perfecta tendría la apariencia
de una democracia, pero sería básicamente
una prisión sin muros en la que los presos ni
siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente
un sistema de esclavitud en el que, gracias
al consumo y el entretenimiento, los esclavos
amarían su servidumbre.*

—Aldous Huxley

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
PREÁMBULO.....	19
PRIMERA PARTE	29
I.....	31
II	49
III.....	55
IV	67
SEGUNDA PARTE	69
I.....	71
II	79
III.....	85
IV.....	93
V	105
VI.....	113
VII	117
VIII.....	123
IX.....	129
X	135
XI.....	141
XII	145
XIII.....	155
XIV.....	159
XV	169
XVI.....	173

XVII 175

XVIII..... 177

XIX..... 181

XX 185

XXI..... 189

TERCERA PARTE..... 193

 I..... 195

 II 205

 III..... 209

AGRADECIMIENTOS 217

PRÓLOGO

En 1932, el escritor británico Aldous Huxley publicó su novela más conocida, *Un mundo feliz*, una distopía en la que se describe una humanidad planificada por la tecnología reproductiva, donde la sociedad está clasificada en castas, donde cada individuo conoce anticipadamente y acepta el lugar que debe ocupar en la sociedad, donde las emociones están controladas por drogas y todos son permanentemente felices.

Década y media más tarde, en 1949, Georges Orwell, escritor también británico, publicó su famosa novela *1984*. En aquel momento, faltaban aún 35 años para alcanzar un futuro supuestamente lejano, donde en la también distópica sociedad que él imaginó, la humanidad tendría sus libertades encarceladas por la implacable mirada vigilante del Gran Hermano.

Ambas novelas, a pesar de sus diferencias de estilo y planteamiento, tienen un inquietante punto en común: en sus respectivas tramas, barridas por el viento del desarrollo tecnológico, han desaparecido las libertades individuales, la diversidad cultural y el amor, como si fuesen entelequias arcaicas que quedan relegadas a las castas inferiores de la población.

En la penúltima década de siglo XX, cuando el calendario alcanzó el año 1984, nada hacía presagiar que las distopías profetizadas en aquellas icónicas novelas fuesen a cumplirse, sino más bien todo lo contrario. Las preocupaciones que habían invadido el mundo occidental en los años 30 con la aparición del fascismo y el ulterior pesimismo de las ideas existencialistas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, se habían esfumado. Además, pocos años después, la caída del muro de Berlín y el colapso de la URSS permitieron abrigar esperanzas sobre el relajamiento de las tensiones de la Guerra Fría y la desaparición de los bloques geoestratégicos. Aunque esa sensación fue realmente efímera, porque episodios posteriores, enfrentamientos bélicos ligados al dominio territorial o al control

sobre recursos minerales y energéticos, además de la pujante aparición de los nuevos protagonistas asiáticos en el tablero internacional, hicieron que volviese a ensombrecerse el futuro.

En cualquier caso, las premoniciones de Huxley y de Orwell no pudieron incluir las formidables capacidades de la informática, de la inteligencia artificial, de Internet y de las redes sociales, ya que la tecnología existente cuando sus respectivas novelas fueron escritas no permitían vislumbrarlo. No obstante, en cierto modo, los omnímodos poderes del Gran Hermano pueden considerarse precursores de las herramientas cibernéticas hoy disponibles, y si aquellos visionarios hubiesen sido capaces de calibrar el poder implícito de las tecnologías que estaban por llegar, con seguridad hubiesen hecho buen uso de ellas en sus creaciones literarias. Es indudable que, para imponer unas determinadas creencias, encapsuladas dentro de un orden y de un modelo social preestablecido, en lugar de aplicar el terror mediante una estrecha vigilancia, ¿no es mucho más eficiente inducir la convicción sobre las insuperables bondades del sistema que se desea implantar? La historia ha demostrado en múltiples ocasiones que las imposiciones por la fuerza y la represión generan siempre reacciones violentas. Sin embargo, es imposible revelarse contra lo que, de acuerdo con las propias convicciones, es lo óptimo.

Debe reconocerse la formidable intuición que tuvo Aldous Huxley, hace ya casi un siglo. En aquellos momentos, desconociendo las capacidades que en el futuro tendrían los medios de comunicación, y antes de que Joseph Goebbels empezase a aplicar en Alemania las técnicas propagandísticas basadas en la repetición exhaustiva de ideas falsas para convertirlas en verdades, fue capaz de escribir la frase citada al inicio de estas páginas: «Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud en el que, gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre».

Hoy, a punto de culminar el primer cuarto del siglo XXI, si miramos a nuestro alrededor, podemos observar el drástico aumento de poder que los medios de comunicación han adquirido, especialmente la televisión y las redes sociales. Una capacidad que, además, amenaza con un sustancial salto cuantitativo y cualitativo gracias a la inteligencia artificial, canalizando las opiniones de la inmensa mayoría hacia un pensamiento único, escondiendo la realidad tras un entramado de medias verdades y flagrantes falsedades. Mientras tanto, cumpliendo con asombrosa precisión las

profecías de Huxley, la mayoría de la población acepta con indiferencia las mentiras que rodean este festivo mundo moderno, disfrutando de la mayor comodidad y de las mejores diversiones que ha tenido la humanidad desde el inicio de los tiempos.

Esta evolución, que se ha registrado a lo largo de las últimas décadas (y que continúa produciéndose y acelerándose ante nuestros ojos), se ha producido sin ninguna revolución, sin ningún cambio brusco, gracias a lentos cambios progresivos en la escala de valores, donde han influido significativamente las modificaciones introducidas en los sistemas educativos. Es decir, gracias a lo que se ha denominado ingeniería social.

A lo largo de la Historia, han sido los conceptos religiosos o nacionalistas (y con frecuencia, una combinación de ambos) los que a menudo han servido de excusa a los gobernantes, o a las élites dirigentes, para satisfacer sus ambiciones personales a costa de imponer sacrificios a la población. Durante siglos, a los ciudadanos normales se les ha imbuido de la imprescindible necesidad de autoimponerse restricciones y sacrificios, sufriendo en este mundo para optar a la recompensa de la vida eterna, ya fuese en el cielo cristiano o en el paraíso de la huríes.

En el siglo XVIII, conocido como Siglo de las Luces, la fulgurante evolución de la Ciencia, la Ilustración y la Revolución Industrial se llevó por delante, en buena medida, los criterios religiosos como vertebradores sociales, imponiendo (al menos teóricamente) criterios basados en la Razón y el Conocimiento. Como consecuencia, gobernantes y dirigentes se vieron obligados a recurrir a nuevas estrategias de movilización y de control de la población, ya que las doctrinas religiosas dejaron de ser mayoritariamente efectivas como instrumento político. En los países donde todas las doctrinas y credos fueron erradicadas por razones ideológicas, o en aquellos otros donde las religiones fueron permitidas, aunque bajo regímenes dictatoriales, la solución fue simple: censurar y filtrar la información para que la población solo pudiese acceder a la parte de la realidad que les interesaba a sus dirigentes.

Pero ¿cómo mantener esa capacidad de movilización y dirección social en un régimen democrático?, porque es complicado imponer un criterio único cuando oficialmente existe libertad de pensamiento, sin restricciones para acceder, publicar o difundir cualquier tipo de información. Sin embargo, como ha demostrado la experiencia, se puede conseguir el objetivo deseado mediante la implantación de una estrategia múltiple. En primer lugar, estableciendo un sistema de educación selectivo que proporcione los conocimientos necesarios para el mantenimiento de la

economía y del desarrollo tecnológico, pero limitando la capacidad crítica, minimizando la formación en aquellas materias que ayudan a analizar y evaluar la realidad por comparación con periodos anteriores, como son la Filosofía y la Historia.

En segundo lugar, proporcionando a la población una variada y completa oferta lúdica, que inhiba curiosidad y estímulos hacia inconvenientes o inoportunas reflexiones sobre la realidad, siguiendo una estrategia que tiene por lo menos dos milenios de antigüedad, el famoso *panem et circenses*, que ya aplicaron con éxito algunos emperadores romanos.

Y, en tercer lugar, introduciendo un sucedáneo eficiente que supla el papel aglutinante y generador de la capacidad de sacrificio que antaño proporcionaba la religión. Dicho sustitutivo, que *a priori* puede parecer muy difícil de encontrar, apareció de forma espontánea y poco llamativa hace algunas décadas, de una forma tan tímida que pasó prácticamente desapercibido, aunque no tardó mucho en llamar la atención de dirigentes y políticos. En efecto, el movimiento ecologista surgió en la década de los años 70 del siglo XX, y en pocas décadas ha conseguido un logro tan imprescindible como urgente: concienciar a la humanidad de que el equilibrio de la naturaleza es frágil y de que es necesario poner freno a una contaminación desenfrenada y creciente.

Debe mencionarse que, gracias a las ideas ecologistas, ha sido posible romper la inercia de comportamientos sociales inaceptables, creando conciencia sobre los problemas de medio ambiente y cambiando los hábitos cotidianos de millones de personas. Es este un mérito indiscutible e incuestionable, que debe ser reconocido como tal, ya que, sin su contribución, la situación y las perspectivas de futuro del medio ambiente en nuestra querida Tierra no serían hoy las mismas.

Sin embargo, la implantación y aceptación social del ecologismo ha sido tan fulgurante, ha tenido tal impacto social, que aquel movimiento inicialmente espontáneo y desinteresado se vio rápidamente abocado a participar en la vida política, aumentando progresivamente su cuota de poder, accediendo a responsabilidades legislativas y de gobierno, así como a ingentes recursos económicos, y evolucionando en sus estrategias hacia los comportamientos habituales en política. Inicialmente, los partidos políticos tradicionales contemplaron la irrupción del ecologismo con escepticismo y reticencia, mirándolo por encima del hombro con aires de superioridad. Pero pocos años después, a la vista de su meteórica evolución, se vieron obligados a incluir en sus programas las nuevas doctrinas, so pena de perder un buen porcentaje de votos.

Así, progresivamente, el ecologismo se fue desvirtuando respecto de sus planteamientos iniciales para convertirse, salvo raras y honrosas excepciones, en lo que es hoy, una palanca, un instrumento en el que apoyarse para conseguir objetivos políticos y económicos, utilizando como excusa los graves problemas medioambientales que afectan al planeta. Y en la cresta de la ola de esa tendencia de politización interesada se encuentra la lucha contra el calentamiento global, en una cruzada de dimensiones planetarias en la que se están invirtiendo recursos astronómicos, a pesar de las advertencias de numerosos y prestigiosos científicos sobre la inutilidad de dichas inversiones.

Hay muchas evidencias de que las actividades humanas no son responsables del calentamiento global, un proceso absolutamente natural que se ha repetido espontáneamente en multitud de ocasiones a lo largo del tiempo, como consecuencia de mecanismos que el hombre no tiene capacidad de modificar ni frenar, y mucho menos de revertir. Sin embargo, después de tres décadas de desinformación masiva, promovida desde Naciones Unidas y secundada por muchos gobiernos, el miedo al aumento de temperatura está asentado en la conciencia colectiva como el principal problema al que se enfrenta la humanidad.

Gracias a esta situación, la lucha contra el calentamiento global se ha convertido en una especie de nueva religión, la doctrina que proporciona los argumentos imprescindibles para que los ciudadanos asuman de buen grado sacrificios que de otra forma serían inaceptables. Un sector significativo de la sociedad acepta sin críticas la disminución de libertades (para viajar, para alimentarse o para crear una familia) o de acceso a comodidades, con tal de evitar el infierno y librar al planeta del terrible calentamiento que le amenaza. Esto afecta ya también a la libertad de la ciencia, ya que algunos artículos que discuten el origen antrópico del cambio climático han visto prohibida su publicación o su difusión. Como ejemplo, puede citarse el caso reciente de la cadena de televisión CNews, que ha sido multada en Francia, el otrora paraíso de las libertades democráticas, por emitir una entrevista con un destacado economista que negaba la existencia de una emergencia climática, calificándola como una mera excusa para el intervencionismo del Estado.

En todo sistema religioso son imprescindibles algunos principios de carácter indiscutible y obligado, las verdades que se tienen como ciertas, que no tienen por qué ser demostrables y no pueden ser puestas en duda, porque constituyen el núcleo de la creencia. Es decir, los dogmas, que deben ser obligatoriamente aceptados, aunque existan muchas evidencias

sobre su falta de realidad. En la nueva religión climática, el dogma principal sobre el que se basa toda la doctrina, afirma que el hombre es responsable exclusivo del calentamiento global, y como ocurre en todas las religiones, quien no acepte esa verdad debe ser estigmatizado.

El mundo actual está todavía lejos de las distópicas sociedades descritas por Huxley y Orwell, ya que, afortunadamente, los patriarcas y los profetas de la nueva religión no han alcanzado todavía el control absoluto de la sociedad. Sin embargo, teniendo en cuenta lo ocurrido durante las últimas décadas, no deben minimizarse los riesgos que conlleva la progresiva intromisión de la nueva religión, limitando de forma creciente nuestras libertades individuales. Así ocurre por ejemplo con la Agenda 2030, promovida por la ONU, o con el Pacto Verde, el Green Deal, diseñado por la Unión Europea.

Igualmente, es también preocupante que la implantación de este nuevo dogma esté siendo realizada al amparo de una distorsión de la realidad, que se propicia por una ausencia de debate. Como ocurre siempre con los temas religiosos, las discusiones sobre los dogmas son inadmisibles y, en este caso particular, el rechazo a la discusión se encubre con un consenso científico sobre el origen antrópico del calentamiento global. Pero, en realidad, lo que realmente está ocasionando esa supuesta unanimidad es la marginación de los numerosos investigadores que difieren del dogma, evitando que sus ideas tengan la difusión necesaria para llegar a la opinión pública. Las ideas que se oponen al dogma están siendo relegadas a medios de escasa difusión, en algunos casos incluso censuradas, o simplemente rebatidas por el sencillo método de calificarlas como negacionistas. Es decir, salvando las distancias que impone la diferencia de época, aplicando métodos similares a los que con gran eficacia utilizaba la Inquisición, cuando calificaba a alguien como hereje sin que hiciesen falta más argumentos.

Así, el obligatorio silencio o el aislamiento impuesto a científicos e investigadores disidentes ofrece un nuevo paralelismo entre la realidad actual y las distopías literarias creadas por Huxley y Orwell. Como en ellas, la conducta colectiva mediante la cual los individuos tienden a adaptar su comportamiento a las actitudes predominantes, rodea y aísla a quienes se apartan de la norma dentro de una espiral de silencio.

Como el lector podrá comprobar de inmediato si se decide a pasar a la página siguiente e iniciar la lectura, esta novela tiene mucho de fábula con unas pinceladas de comedia de enredo, un cuento moralizante que intenta alertar sobre un futuro potencialmente peligroso y oscuro si

no se corrigen ciertas derivas actuales. Volviendo a las distopías que han servido de referencia para este prólogo (*Un mundo feliz* y 1984, que en el fondo no dejan de ser también fábulas), no conviene perder de vista que, desde el punto de vista conceptual, el control de las redes sociales hacia un pensamiento único no se aleja mucho del Gran Hermano, la promoción desmedida de las actividades lúdicas recuerdan al *panem et circenses* de la antigua Roma, la permisividad con el consumo de estupefacientes no dejan de asemejarse al soma, y los manejos estadísticos de los datos climáticos recuerdan bastante al Ministerio de la Verdad.

Debe mencionarse que esta novela completa una trilogía dedicada a problemas relacionados con el medio ambiente: la contaminación por mercurio (*No es oro todo lo que reluce*), los residuos radioactivos (*El encinar del plutonio*) y ahora 2064: *Un mundo no tan feliz*, centrada en el cambio climático y el calentamiento global. Cada una de ellas, aunque mantienen una cierta línea de continuidad por los personajes que en ellas intervienen, tiene una estructura narrativa propia y pueden ser leídas de forma independiente.

Por último, es imposible finalizar este prólogo sin responder a una pregunta que con frecuencia familiares, amigos y conocidos le han formulado al autor, ¿por qué meterse en los charcos y nidos de avispas que suponen un tema tan conflictivo? Las causas son antiguas, porque, desde hace cuatro décadas, se ha ido acumulando una irritante fatiga por tener que leer y escuchar cotidianamente en los medios de comunicación exageraciones de la realidad, verdades a medias e informaciones sesgadas en relación con el calentamiento global y el cambio climático. Dicho cansancio se ha traducido en la publicación de numerosos artículos divulgativos sobre esta problemática. En este contexto, la novela pretende llamar la atención sobre los riesgos y peligros que entraña la deriva y los derroteros hacia los que se dirigen las políticas relacionadas con el cambio climático. No debe olvidarse que siempre es relativamente fácil juzgar lo que ya ha ocurrido en tiempos pasados, en comparación con la complejidad que supone evaluar con perspectiva de futuro lo que está sucediendo ahora mismo y estimar sus consecuencias.

Enrique Ortega Gironés,
Godelleta (Valencia), julio de 2025

PREÁMBULO

Manhattan, Nueva York (diciembre de 1989)

La sala de reuniones, a la que se accedía por cuatro puertas diferentes, era de una austeridad monacal, contrastando de manera increíble con su lujoso entorno. Estaba situada en el centro, sin ninguna ventana al exterior, de un enorme y suntuoso apartamento que ocupaba muchos metros cuadrados, en uno de los pisos más altos del rascacielos 666 de la 5ª avenida de Nueva York. Aquella estancia estaba prácticamente desnuda, con solo lo que sus usuarios habían considerado imprescindible para sus reuniones, una mesa circular rodeada de cuatro asientos, frente a los cuales había un interfono para comunicar con las habitaciones circundantes, cuatro vasos y cuatro botellines de una prestigiosa marca de agua mineral. Las paredes estaban totalmente desprovistas de adornos y sobre el suelo no había ni una pequeña alfombra. Tan solo se podía intuir la importancia de los personajes que allí se reunían por el empaque de las cuatro espectaculares poltronas, confortables y mullidas, rodeando una mesa de diseño simple y vulgar.

Los cuatro personajes que, de cuando en cuando, se encontraban allí, lo hacían siempre sin testigos, no los necesitaban ni los querían. Tampoco tomaban notas, no precisaban el apoyo de secretarías ni de artilugios electrónicos de grabación, nunca se levantaba acta de lo que allí se trataba. Sin embargo, en las habitaciones que rodeaban aquella extraña sala de reuniones, pululaba un enjambre de personal auxiliar, equipado con las más sofisticadas herramientas, listo para proporcionar al instante cualquier información o dato que les fuese requerido.

Cualquiera de aquellos cuatro personajes tenía capacidad para convocar las reuniones (solo ellos podían hacerlo), que debían celebrarse siempre en aquel local y no tenían un calendario fijo, dependían de las circunstancias y podían pasar años sin que tuviese lugar ninguno de aquellos

encuentros. Para cualquiera, mantener vacío y en desuso aquel sofisticado y ostentoso apartamento (aunque la sala de reuniones careciese de todo lujo) sería considerado como un auténtico dispendio. Pero las cuatro personalidades, que se vanagloriaban de poseer más capital y más poder que cualquiera de los gobiernos del mundo, podían permitírselo sin el más mínimo esfuerzo. Para ellos, aquel gasto no llegaba a la categoría de simples migajas.

Aquel día, a las puertas del invierno de 1989, la reunión había sido convocada por J. R., el miembro de mayor edad de aquel selectísimo grupo, y a la hora concertada, con puntualidad británica, siguiendo el protocolo habitual, cada uno de ellos accedió a la sala de reuniones por cada una de las cuatro puertas a las que se podía llegar separadamente, desde los aparcamientos situados en los sótanos, por ascensores distintos.

Se miraron inquisitivamente a los ojos, intercambiaron un simple apretón de manos, sin ninguna palabra que acompañase al saludo, no habían ido hasta allí para perder el tiempo en cortesías estériles y fueron directamente al grano. B. G., el más joven de ellos, fue el primero en hablar, dirigiéndose a J. R.:

—¡Buenos días a todos! No me voy a entretener diciendo lo bien que os conserváis, porque no es verdad, cada vez estamos, como veis, me incluyo sin tapujos, más viejos y achacosos. J. R., tú, que has convocado la reunión, dinos cuál es el motivo.

—¡Buenos días a todos! Tienes razón, las consecuencias del paso del tiempo son inexorables. Pero, en cambio, hay otras facetas que, en contra de nuestros intereses, permanecen inmutables o incluso evolucionan en sentido opuesto a cómo deberían. Y, ese es, precisamente, el motivo por el que os he convocado.

Los otros dos asistentes a la reunión, E. M. y G. S., miraron a sus interlocutores y, con un breve gesto afirmativo, al que se añadió B. G., indicaron a J. R. que podía proseguir.

—Sabéis tan bien como yo que, desde hace años, tanto nuestros predecesores como nosotros hemos hecho grandes esfuerzos para conseguir la implantación de un gobierno global, de un nuevo orden mundial, como estrategia para llevar a niveles aún más altos nuestra cuota de poder. El primer intento, la Liga de las Naciones, constituida después de la Primera Guerra Mundial, fue de vida tan efímera como escasos fueron sus resultados. La siguiente tentativa, después también de una gran guerra, la constitución de la ONU ha sido un poco más eficiente, pero desde la perspectiva de nuestros intereses, ha ido perdiendo fuelle.

»Nuestras iniciativas —continuó J. R.— siempre se han basado en el mismo principio, que el ser humano tiene miedo a lo desconocido, y si se les convence de que existe una amenaza, real o inventada, estarían dispuestos a renunciar voluntariamente a sus derechos para que un gobierno mundial les garantice el bienestar. Yo creo que ese principio sigue siendo válido. Ha funcionado perfectamente con las religiones más importantes durante siglos, haciendo que la gente renunciase a muchas cosas con tal de alcanzar una utópica felicidad eterna, llámese cielo o paraíso de las huries. Pero el mundo se ha secularizado, nadie teme al infierno y los miedos alternativos que hemos intentado introducir no nos han dado los resultados esperados.

Hizo una breve pausa y miró a sus interlocutores, que, con un apenas apreciable movimiento de cabeza, le animaron a seguir.

—A mediados del presente siglo, tuvimos bastante éxito con la Guerra Fría, la amenaza de una conflagración atómica mantuvo a la humanidad en vilo durante algunos años, pero las tensiones entre bloques se han ido relajando hasta desaparecer. El bloque de la Unión de Repúblicas Soviéticas, la antaño temible URSS, ya no suscita miedo. La puntilla acaba de llegar hace unos días con la caída del muro de Berlín y la reunificación de las dos Alemanias. Otra alternativa para generar un miedo colectivo, la verdad, bastante esotérica, nunca creí que fuese a funcionar, aunque reconozco que la humanidad es imprevisible y debía probarse, como fue el temor a la guerra de los mundos y a las invasiones de extraterrestres, tampoco llegó a obtener el suficiente nivel de implantación. La verdad es que, en lugar de avanzar hacia un gobierno mundial, estamos retrocediendo y, en contra de nuestros intereses, el mundo evoluciona hacia una globalización, un plácido mercado mundial libre de temores sustanciales.

Hizo una pausa y miró de nuevo a sus interlocutores. E. M. replicó de inmediato:

—Estamos de acuerdo. Creo que, antes de venir aquí, ya sabíamos que estábamos de acuerdo y supongo que no nos has hecho venir para contarnos lo que ya sabíamos. ¿Qué propones?

—Cambiar de táctica, aprender del pasado y fomentar un miedo que sea como una nueva religión, con dogmas irrefutables.

—¡Perfecto, aunque fácil de decir y difícil de hacer! ¿Quién le pone el cascabel al gato? —objetó E. M.—. Supongo que tendrás alguna propuesta específica.

—¡Naturalmente! Y, no es tan difícil. Hay veces en que la solución a los problemas más complejos está delante de nuestras narices, tan cerca

que la perspectiva no nos deja verla.

Hizo una pausa, deliberada y efectista, mirando con calma a sus interlocutores, pero de sus rostros, tan fríos e inexpresivos como las paredes de aquella sala de reuniones, nada pudo apreciar sobre el efecto de sus palabras. Tan solo alguna ceja más elevada que otra como supuesta señal de interés.

—No hace falta inventar nada, eso resultaría excesivamente artificioso, poco creíble y, por lo tanto, nada eficiente. En lugar de generar nuevas creencias será mucho más eficaz potenciar alguna tendencia que ya haya calado en la conciencia social, dotarla de contenido dogmático y añadirle el componente intimidatorio, para que pueda cumplir su cometido. Es decir, para introducir el miedo a una amenaza que estimule cambios en hábitos de conducta, por supuesto, empujando hacia donde a nosotros nos interesa, a cambio de proporcionar soluciones para frenar la causa que origina ese miedo.

G. S., callado hasta ese momento, preguntó:

—Desde el punto de vista teórico, el planteamiento me parece bueno, pero, ¿dónde encontramos esa creencia que, según tú, tenemos delante y no vemos?

—Muy sencillo, en la ecología y la preservación del medioambiente. Actualmente, a la gente le está preocupando cada vez más, y no le faltan motivos, la preservación de la naturaleza, el equilibrio de los ecosistemas, la desaparición de algunas especies y el aumento galopante de la contaminación.

—Todo muy cierto —apostilló B. G.—, hay bastante gente a la que le preocupa más el futuro de los osos polares o de las focas que la supervivencia de sus congéneres. Incluso son partidarios de tomar medidas drásticas para reducir la población humana. Pero ese amor a la naturaleza no me parece que pueda generar un temor suficiente entre la gente, ese miedo afecta a la naturaleza, pero no a ellos mismos.

J. R. miró sonriente a sus colegas y formuló una nueva pregunta:

—Cierto, ¿pero y si consiguiésemos que ese miedo, digamos que «ecológico», por llamarle de alguna manera, se convirtiese en un pánico cervical porque estuviese en juego no solo el futuro de algunas especies, sino el de todo el planeta?

—Pues sin duda sería totalmente efectivo —terció E. M.—, pero volvemos a la casilla de salida: ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Cómo conseguir esa transformación?

J. R. volvió a sonreír con cierta prepotencia, como quien se guarda un

as en la manga y va siempre varios pasos por delante de las preguntas de sus interlocutores.

—No pensaréis que iba a convocaros sin tener pensadas las respuestas a esas preguntas y sin tener atados todos los cabos. Llevo tiempo dándole vueltas a este asunto y he realizado las consultas necesarias a las fuentes de información requeridas para buscar la solución. Y esa solución está en el clima...

E. M., B. G. y G. S. abrieron los ojos con asombro y levantaron las manos con las palmas abiertas, expresando sus dudas hacia aquella propuesta. J. R. continuó con tranquilidad, sin hacer caso de las reticencias.

—La mayor parte de los científicos cree que el clima de la Tierra está sujeto a evoluciones cíclicas, alternancias de periodos fríos y cálidos, inducidos por las variaciones en la radiación solar que llega a la Tierra. De acuerdo con esos ciclos, hace aproximadamente siglo y medio que la temperatura de la Tierra asciende lentamente, y todo indica que seguirá con la misma tendencia durante bastante tiempo. Sin embargo, recientemente ha aparecido un minoritario grupo de investigadores defendiendo la idea de que son las actividades humanas, con sus emisiones de dióxido de carbono, las responsables de ese calentamiento. Si potenciamos esa interpretación, se nos abre una oportunidad magnífica para generar el efecto intimidatorio que nos interesa.

—Pero, ¿cómo? —preguntó B. G.—. No alcanzo a ver la relación entre una cosa y otra.

—Pues aprovechando esa interpretación en un doble sentido. En primer lugar, fomentando la creencia de que el aumento de la temperatura del planeta puede hacerlo inhabitable, que podemos perecer todos por culpa del calentamiento, una especie de fin del mundo. Y, en paralelo, como la responsabilidad de la catástrofe la tiene la humanidad, generando un sentimiento de culpa e introduciendo la obligación de emprender acciones para detener el calentamiento y evitar la catástrofe, lo cual...

—Lo cual —intervino G. S., quien empezaba a verlo claro— nos permitiría disponer de una poderosa herramienta de ingeniería social para mantener asustada a la población durante décadas, cambiar hábitos de consumo, reduciendo derechos y libertades...

—¡Esa es exactamente la idea! Ya veo que lo has comprendido inmediatamente.

B. G. no terminaba de verlo claro y preguntó:

—Pero has dicho que esa opinión es defendida tan solo por un grupo minoritario de investigadores. ¿Cómo convencer a todo el mundo para

que crea en la existencia de una supuesta amenaza que es defendida por unos pocos investigadores?

J. R. tenía también prevista la solución para ese problema.

—Utilizando los medios suficientes, y como disponemos de ellos, esa dificultad puede ser fácilmente superable. Los científicos precisan de recursos económicos para sus investigaciones, y acceden a los fondos requeridos para sus trabajos gracias a subvenciones, tanto del sector público como del privado. Y nosotros disponemos de gran capacidad de manobra, tanto en unos como en otros, para estimular y orientar las investigaciones hacia donde nos interese. Así lo hemos hecho, por ejemplo, durante la última década con la historia del agujero de ozono y deprimir el uso de los compuestos de clorofluocarbono. Tú eres joven y no puedes acordarte, pero esa misma estrategia se aplicó para estimular el consumo de aceite de soja respecto del de oliva, o para multiplicar el uso de algunos medicamentos, modificando los valores supuestamente peligrosos para el ser humano del colesterol. Desde luego, esos ejemplos son cuestiones menores comparadas con los objetivos que planteamos ahora, pero el método que se aplicó en su día para dirigir las investigaciones en determinada dirección será igualmente válido.

E. M. también tenía objeciones:

—Pero sabemos, también por esas mismas experiencias anteriores, que habrá muchos científicos que se opongan a las conclusiones obtenidas gracias a investigaciones teledirigidas y de sus trabajos obtendrán resultados opuestos a los que nosotros intentaremos fomentar.

—Es cierto, pero si esas conclusiones no se publican, pasarán desapercibidas. Del mismo modo que la Iglesia católica tenía la capacidad de censurar cualquier escrito que fuese contra su doctrina antes de ser publicado, aquel famoso *nihil obstat*, nosotros podemos hacer lo mismo. ¿Acaso no tenemos bajo nuestro control, a través de los consejos editoriales y de los *referees*, a las revistas científicas más importantes del mundo? Sin publicaciones, los científicos no pueden progresar, no pueden hacer currículo, y si quieren hacer públicos los resultados de sus investigaciones, no tendrán más remedio que pasar por el aro.

Se hizo el silencio, durante unos instantes nadie dijo nada, madurando el alcance y las posibles consecuencias de la propuesta que estaban escuchando. Fue E. M. quien tomó la palabra para expresar una nueva duda.

—Me parece bien lo que dices, puede funcionar. Al fin y al cabo, no es más que adaptar a los tiempos actuales las estrategias que han demostrado su eficacia a lo largo de la historia. O incluso de la prehistoria, porque eso

mismo hicieron los chamanes para controlar a sus clanes con el miedo a lo desconocido. Pero volviendo a los tiempos actuales, el control de los medios científicos es necesario, pero no suficiente. Las publicaciones en revistas científicas especializadas no tienen ningún impacto en la opinión pública, tienen una difusión muy restringida, además de resultar ininteligibles para la gente normal. Supongo que lo habrás tenido en cuenta. Si queremos generar ese temor generalizado, esas hipótesis científicas tienen que ser transferidas a la gente normal, de forma que puedan ser asimiladas e insertadas en la conciencia social para...

—¡Por supuesto! —le cortó J. R.—. Pero esa es la parte más sencilla. Del mismo modo que ocurre con las publicaciones científicas, controlamos tanto los periódicos como las cadenas de radio y televisión más influyentes. Como ya demostró Goebbels en la Alemania nazi, una mentira puede convertirse en verdad si se repite con la suficiente insistencia. Y la capacidad de persuasión de los medios actuales es mucho más poderosa que las primitivas herramientas que existían en los años 30 del pasado siglo.

—¡Totalmente de acuerdo! —apostilló E. M.—. Y, además de las tecnologías que son hoy de uso habitual por casi todo el mundo, no olvidéis el explosivo crecimiento que se espera en los próximos años de las redes sociales a través de los teléfonos celulares, donde prevemos que su capacidad de incidencia social supere con mucho incluso a la de la televisión. Y donde, por supuesto, nosotros tenemos el control absoluto de las plataformas más influyentes para filtrar la información que circule.

Se hizo de nuevo el silencio. Los rostros, pensativos, se fueron relajando al asimilar las ventajas del plan propuesto, adoptando expresiones más plácidas, exteriorizando así su conformidad. Después de varios segundos sin que nadie dijese nada, fue de nuevo E. M. quien expresó en voz alta nuevas reflexiones, mirando fijamente a J. R.:

—Me parece bien, me parece convincente. Pero el alcance y las implicaciones de un plan como el que estamos planteando son enormes. Las consecuencias sociales, políticas y, por supuesto, económicas, pueden ser las más importantes de la historia de la humanidad. ¿Qué ocurriría si los sectores económicos y políticos no se acomodan a los cambios inducidos? Si cometemos algún error en la implementación, se nos puede ir de las manos y las consecuencias podrían ser catastróficas para nuestros intereses. ¿Estáis de acuerdo?

Todos asintieron enérgicamente, moviendo en afirmación sus cabezas. Fue, de nuevo, J. R. quien tomó la palabra para aplacar aquellos temores.

—Tienes toda la razón. Es un plan complejo, a largo plazo, y la secuencia de implementación es esencial. No debemos precipitarnos y no acelerar etapas, no iniciar una fase hasta que la anterior haya sido completada. Aunque, en esencia, no es muy complicado. Debemos empezar por establecer las bases científicas del nuevo dogma, fomentando las investigaciones que aporten argumentos sobre las relaciones entre las actividades humanas y el aumento de la temperatura planetaria. De forma progresiva, a medida que estas investigaciones aporten un cuerpo de doctrina suficiente, deberán transmitirse a la opinión pública, utilizando nuestra capacidad de maniobra en medios de comunicación y editoriales. Esta fase debe prestar una especial atención a comunicadores con elevada capacidad de convicción. En cuanto el porcentaje de población adicta alcance una masa crítica, poco a poco, las nuevas verdades se irán incorporando a los libros de texto como verdades absolutas, demostradas e irrebatibles. Así, el rechazo inicial que puedan encontrar las nuevas ideas entre la población adulta, irá disminuyendo progresivamente con las nuevas generaciones, que habrán sido educadas según las nuevas creencias. Esta evolución en las ideas implantadas en la conciencia colectiva hará que, en paralelo y en sentido contrario, se vaya imponiendo un rechazo, científico y social, hacia los nuevos herejes, hacia los porcentajes de población, cada vez más minoritarios, que se opongan a la crisis climática y al inminente colapso del planeta.

Hizo una pausa para comprobar si los rostros de sus interlocutores mostraban signos de alguna reticencia, pero no detectó ninguno y continuó con sus explicaciones.

—Sobre los aspectos políticos y económicos, sin duda, habrá que estar vigilantes, hacer un seguimiento minucioso y realizar las presiones adecuadas para introducir los ajustes necesarios, pero no es un tema que me preocupe mucho. Mi impresión es que los ajustes se irán produciendo espontáneamente de forma casi automática, si somos capaces de ejecutar bien la primera y la segunda parte del plan...

G. S. le interrumpió.

—Ya has vuelto a ponerte críptico, y un tanto utópico. ¿Crees de verdad que van a reajustarse la economía y la política espontáneamente, sin tener que hacer nada, solo reconduciendo la opinión pública?

J. R. respiró hondo y respondió, condescendiente.

—Yo no he dicho exactamente eso. Si no recuerdo mal, he mencionado que habrá que estar atento para realizar ajustes. Pero tienes razón, dicho así, parece demasiado simplista, casi naif. Lo que quiero decir es

que tanto la política como las actividades económicas tienen un objetivo común: captar clientes, ya sea para comprar determinados productos o para votar un determinado programa. Y para conseguir sus objetivos, son muy flexibles, todo lo flexibles que haga falta. Por eso, y ahora vuelvo al punto donde lo había dejado, si somos capaces de ejecutar bien la primera y la segunda parte del plan, desarrollando una buena base científica y una convincente campaña de ingeniería social, la política y la economía deberán imperiosamente ir adaptándose a la nueva realidad.

G. S. levantó la mano para interrumpirle de nuevo, pero J. R. no le dejó continuar.

—¡Espera y déjame terminar! Insisto, si conseguimos que vaya cambiando significativamente la opinión de la gente gracias a las campañas de prensa, los partidos políticos no podrán permitirse el lujo de perder el voto de ese sector de la ciudadanía. Se verán obligados, si no quieren perder cuota de poder, a incluir en sus programas planes específicos para salvar al planeta del calentamiento. Y no me gusta ser profeta, pero ya veréis como incluso llegan a crear organismos oficiales específicos, incluso ministerios, para combatir la crisis climática. Los partidos políticos competirán entre ellos por demostrar quién es el más combativo contra el calentamiento, con tal de ganar votos. Y si no cumplen con las expectativas, los sustituimos, tenemos experiencia acreditada en quitar y poner los presidentes de algunos países cuando ha sido necesario.

»Del mismo modo, las empresas que quieran mantener o aumentar su nivel de ventas, tendrán que someterse al dictado de la opinión de sus compradores. Jugando de nuevo a ser profeta, la publicidad irá incluyendo, también de forma progresiva, mensajes explícitos sobre la bondad de los productos en relación con el futuro del planeta.

Hizo una nueva pausa, mirando de nuevo a sus interlocutores. Nadie dijo nada y decidió concluir.

—¡Bien, a esto me refería! Como es obvio, no será simple, ni breve ni totalmente automático. Hemos de conseguir que se instale una imparable inercia hacia el temor y la conciencia social sobre el peligro que acecha al planeta. Y luego ir controlando la situación para que las políticas y los mercados se vayan ajustando a esa inercia. ¿Tenéis todavía alguna duda?

Se miraron todos entre ellos, con expresión de conformidad. B. G. se animó a expresar el sentir general.

—Parece que nos has convencido y estamos todos de acuerdo. ¿Hace falta que pasemos a votar la propuesta o simplemente queda aprobada por aclamación y seguimos adelante?

—Creo que podemos seguir adelante, si nadie se opone —propuso E. M., mirando a su alrededor.

Como nadie dijo nada en contra, siguió adelante preguntando a J. R.

—¡Muy bien! Quedan aceptadas las líneas maestras del plan. Ahora falta desarrollarlo, preparar todos los detalles. Y aunque de eso, como se ha hecho siempre, se encargarán nuestros subalternos, quería preguntar por dónde empezar, porque seguro que algo tendrás pensado. Está claro que, como has mencionado antes, debemos empezar por establecer las bases científicas del nuevo dogma, pero, ¿cómo iniciar ese desarrollo?

—Muy sencillo, aprovechando las infraestructuras que ya tenemos controladas y cuya opinión pueda tener impacto y peso específico a nivel internacional.

—¿Te refieres a la ONU? —preguntó B. G.

—Ni más ni menos. Creemos un grupo de estudio sobre la evolución climática del planeta, formado por científicos de primer nivel mundial, adecuadamente seleccionados. Los resultados de sus estudios precisarán sin el menor género de duda quién tiene la culpa del calentamiento, incluyendo predicciones catastróficas sobre el futuro climático. Estas conclusiones servirán para ir atemorizando a la población y servirán de inspiración al diseño de las políticas climáticas de los países más importantes. Y, así, echaremos la bola de nieve a rodar para que vaya engordando pendiente abajo...

Todos estuvieron de acuerdo. No hubo más preguntas. Cada uno de ellos utilizó su interfono para transmitir a sus respectivos equipos las instrucciones precisas para utilizar los contactos y recursos necesarios que permitieran poner en marcha aquella comisión científica.

Cuando terminaron, con la misma falta de empatía con que se habían saludado al llegar, se despidieron, abandonando la sala de reuniones cada uno por su puerta. Mientras tanto, en las habitaciones contiguas, la actividad continuó de forma frenética durante mucho tiempo.